



Fotografía: Sarah Corona.

Entre voces-Entre culturas

La autoría dialógica hacia la participación en el espacio público

Sarah Corona Berkin

Universidad de Guadalajara | México
saco99@prodigy.net.mx

Myriam Rebeca Pérez Daniel

Universidad Autónoma de Chiapas | México
rebecaperezdaniel@yahoo.com.mx

UNA PROBLEMÁTICA generalmente no discutida en la educación intercultural es aquella vinculada al nombramiento del “otro”. En el discurso intercultural el “otro” siempre aparece definido a partir de quien escribe, dibujándose ineludiblemente como un extraño o un forastero. ¿Quién escribe para la interculturalidad? ¿Cómo se enseña quién es el “otro”? El proyecto editorial “Entre voces” ha tratado de afrontar este dilema proponiendo una metodología específica de autoría para la interculturalidad en la que el “otro”, sea quien sea, se define a sí mismo desde su propia mirada, en la conciencia de que su definición no sólo determinará los términos en los que será asumido por los demás, sino también sus posibilidades de participación en el espacio público.

A continuación se expone la reflexión que da origen a dicha propuesta y la configuración de la misma.

El nombre como problemática inicial de la interculturalidad

El explorador Alvar Núñez Cabeza de Vaca encuentra 24 naciones con costumbres y lenguas distintas en un reducido territorio que va de Tampa a los Montes Apalaches. ¿Qué significa que un siglo después, todos los pobladores de esa región sean llamados indistintamente “comanches”? ¿O que 100 años después de la conquista, en México se reconozcan sólo dos pueblos indígenas, los mayas y los aztecas, y el resto de pueblos sea nombrado, vagamente, chichimecas?

Las primeras expediciones españolas mostraron interés por nombrar las múltiples etnias o “naciones”, como ellos llamaban a los pueblos que descubrían a su paso. Ríos y pueblos fueron marcados cuidadosamente en los mapas; esta información les era en ese momento provechosa para su sobrevivencia en tierras extrañas. Hace 500 años, la diversidad indígena era patente. Los muchos pueblos indígenas que existían en ese momento se reconocían, distinguían y generalmente vivían en conflicto y en franca lucha. Tenían nombre los amuzgos, chatinos, chontales, huaves, mames, otomíes, seris, triques, yaquis, yumas, huicholes, coras, mayas... tenían su territorio, su lengua y su cultura.

Pero pocos años después, cuando el objetivo colonialista fue mantener unido el nuevo territorio de la Corona, los nombres que otorgaban lengua, costumbres e identidad se volvieron innecesarios. Los nuevos nombres tenían que ver con las nuevas necesidades coloniales. Con el arribo de los españoles, con la conquista y la implementación del sistema de castas, a los aguacatecos, cakchiqueles, naayeri, chochos, makurawes, wixáritari, kumeya, botuná, tlahuica, hñahñu, p'urhepecha, o'dam, y más, se les llamó indistintamente “indios”. Aparecieron en cambio los nombres que marcaban una jerarquía social: peninsulares, criollos, mestizos, castizos, mulatos, moriscos, cambujos, tente en el aire, lobos, coyotes, torna atrás, chamizos, salta atrás y otros.

A su vez, la independencia de España terminó con este sistema social y erradicó la diversidad de su vocabulario a cambio del genérico: los mexicanos. La revolución mexicana y las políticas públicas que le siguieron simplificaron aún más el escenario: los mexicanos desde entonces somos los mestizos de pasado glorioso, la raza de bronce.

Más allá del exterminio de los pobladores americanos por guerras y otros medios, nos interesa la desaparición política de cientos de pueblos indígenas, su privación de nombre, la invisibilidad que alcanzan y su aniquilación pública. Sin un nombre que los distinga, no hay forma de referirse a ellos más que en la generalidad.

La contribución educativa al borramiento de los nombres

El discurso educativo en México ha contribuido a esta indefinición de los sujetos. La propuesta educativa oficial, si bien se ostenta como única, es un fragmento discursivo que ha dejado fuera otras visiones. Dicho discurso se presenta monolítico desde la política educativa oficial. Desde el inicio su objetivo ha sido construir una nación homogénea.

Los indígenas, en esta propuesta, por una parte se ven como obstáculo para la unidad nacional, por lo que se ha construido una educación paralela y compensatoria para integrarlos al proyecto nacional. En ella se incorporan algunos contenidos indígenas, pero que no son, claramente, los que ellos escogerían si se les consultara para pensarse como parte del Estado-nación. Por otra, en la misma construcción de esta educación paralela se naturaliza a lo indígena como lo ajeno, constituyéndolo como grupo genérico sin diversidad notoria al interior. Todos los indígenas del país son iguales.

Las estrategias culturales de gran difusión refuerzan esto. Por ejemplo, las políticas editoriales para jóvenes han mostrado sus límites para fomentar aspectos fundamentales de las relaciones interculturales, como el acceso igualitario a los productos, por una parte, y a la determinación del contenido, por otro. ¿Cómo hacer para romper este patrón? ¿Cómo se podrían crear textos distintos que partan de la igualdad?

La propuesta entrecultural

Proponemos lo siguiente: el punto de concordancia entre todos estos distintos es el de la convergencia en un espacio público, un espacio común en donde debemos participar. En este espacio común se considerarán tanto la entidad étnica como la entidad política: la entidad étnica nos permite enfatizar nuestras diferencias, la entidad política nos exige hacernos visibles, es decir, exponernos desde lo que somos en la búsqueda de acuerdos con los otros para convivir.



Fotografía: Carlos Blanco.

Esta exposición no es absoluta, sino siempre parcial, acorde a lo que es necesario para presentar mi postura sobre algo. No voy a exponer todo lo que soy para defender, solo, mi derecho a practicar la religión que quiero, por ejemplo. Se expone mi postura religiosa, en todo caso, y nada más. Expongo entredazos míos para ponerlos a discusión con los otros. Por eso la propuesta de “Entre voces” habla de “entreculturalidad” en vez de “interculturalidad”, pues se dialoga desde aquellos elementos que exigen un acuerdo.

Lo que se hace necesario para la construcción de este espacio público es comunicarse. No se trata de dominar una misma realidad, ni tener los mismos conocimientos, ni comportarse del mismo modo, ni hacer la misma cosa, sino simplemente saber y poder transmitir lo que soy y lo que quiero, a la par de saber escuchar y dialogar. Este reto comunicativo conlleva el planteamiento de otro tipo de “educación”: una encaminada a reconocer la imagen que uno quiere transmitir de uno mismo, la estrategia, el medio, el contenido, la claridad, la intención, etcétera, y a

partir de ese reconocimiento vendría la exposición, el diálogo y la transformación.

El espacio público actual está dominado por los políticos, los medios y las empresas que hacen sondeos de opinión, en una democracia que pareciera sólo funcionar a partir del voto o a partir de lo que estos participantes dispongan. El espacio público debería, por el contrario, construirse a partir de todos. Sólo en el espacio público nuestra opinión se convierte en una manera política de hacernos visibles, de encontrarnos con los otros y de dialogar y acordar lo necesario para la convivencia. Si no participamos, realmente quedamos fuera.

Debe contemplarse que la construcción del espacio público tiene como finalidad la comunicación, en el entendido de que la contraposición de los sujetos es el pilar de la construcción de las formas creativas de vivir juntos. En el verdadero encuentro en el espacio público, las identidades no se funden ni se mezclan; cada una conserva su unicidad, pero todas, en el diálogo y en el conflicto, se enriquecen mutuamente. En este escenario, leer y escribir son herramientas fundamentales. El carácter político de la convivencia en el espacio público sólo es posible mediante el lenguaje, y es gracias a la palabra que el mundo se revela como un espacio habitable por muchos distintos.

La propuesta consiste, entonces, en considerar la lecto-escritura como tecnología educativa y comunicativa, pero no desde el énfasis disciplinante, sino desde la posibilidad de expresar lo que se es. Esta visión, entonces, podría orientar, también, a posteriores textos para la interculturalidad: una educación intercultural para comunicarse, para aparecer en el espacio público, para participar, para decidir. Hacia allá debería construirse el discurso intercultural.

El proyecto del libro *Entre voces* buscó precisamente la ejemplificación de este tipo de aspiraciones “entreculturales”, pensando en compensar parcialmente las limitaciones que el no tener nombre acarrear en un espacio público. “Entre voces...Fragmentos de un discurso entrecultural” surgió a partir de la inquietud de un grupo de profesores wixáritari de la escuela secundaria “Tatutsi



Fotografía: Sarah Corona.

Maxakwaxi”, quienes buscaban un material escrito con el que sus jóvenes ensayaran la lectura del español, pero cuyo contenido reflejara la cultura propia. Por otra parte, les interesaba también conocer las prácticas ciudadanas, de manera tal que sus estudiantes pudieran reconocer la visión del otro y aprender de ella. Estos intereses coincidieron con los de un grupo de docentes de distintas universidades quienes podían aportar la visión urbana, pero también aprender del punto de vista wixarika.

Así, el libro *Entre voces* creó, por sí mismo, un espacio para discutir el punto de vista de cada grupo sobre cinco temáticas propias del contexto global, las estrategias de cada uno para abordarlas y las transformaciones que sobre ellas cada quien apreciaba en su contexto, de tal manera que se les pudiera ofrecer a los jóvenes wixáritari y occidentales, miradas breves a ambos mundos. Es decir, se creó un espacio en el espacio público. Las temáticas fueron definidas por mutuo acuerdo entre ambos grupos de docentes y se abordaron en un seminario que duró tres días y se llevó a cabo en Guadalajara, Jalisco, en 2006. La dinámica de participación fue, precisamente, la del seminario, es decir, la de la discusión abierta sobre los puntos de vista de cada uno para llegar a un acuerdo común. No hubo una voz directriz. Sólo diálogo.

La tarea de “Entre voces”, entonces, fue la de construir una biblioteca de textos que, escritos en español

y wixárika, mostraran no sólo su diferencia lingüística, sino las formas distintas de nombrarse y nombrar una realidad. Se buscó, en especial, la creación de un espacio en el que los wixáritari pudieran nombrarse a sí mismos como ellos desearan, frente a su comunidad y frente a la población mestiza mayoritaria.

Este trabajo se explica a partir de una intención teórica clara: el eje que define este proyecto educativo tiene que ver con la forma de enunciar lo propio y desde el lugar propio. Así, se desprende de una reflexión política del lenguaje, donde se señala que la discriminación no surge de la existencia de una diferencia, sino por el contrario, la discriminación y el racismo preceden y definen la diferencia en el proceso de nombrarla.

En el caso indígena, desde una posición ingenua se podría pensar que la discriminación surge de ciertas diferencias inmanentes que son raciales, culturales, históricas, etc. De hecho los multiculturalistas, con esta visión, reclaman tolerancia y visibilidad para los que son “naturalmente” diferentes. Pero el argumento de “Entre voces” es que si no se conoce el proceso en el que se nombró al indígena, no se llega al origen de la discriminación. No es porque se es diferente que se le discrimina (al indígena o al mestizo, al negro, al homosexual, a las mujeres), sino al revés, porque se le discrimina, su nombre adquiere características devaluadoras y racistas.

“*Entre voces*” es un libro que intenta contribuir al cambio de los términos en que se suele dar el diálogo entre los distintos en el espacio político. Los términos que se busca cambiar son, por un lado los hechos y los nombres, esta vez narrados desde lo local. Por otro lado, desplazar la “universalidad” de la epistemología moderna para hacer lugar a una gnosología múltiple, enmarcada por los nombres con los que se desea ser nombrado y desde una historia propia de los colonizados.

Aprendizajes y recomendaciones

La metodología que se siguió para la ejecución de la autoría del libro es, por mucho, responsable de esta contribución. Nos queda claro que el diálogo entre los diversos autores de *Entre voces* es lo que gestó el espíritu del proyecto editorial, entendiendo por diálogo al ejercicio puramente comunicativo de exponerse en un espacio común, argumentar, contraargumentar y acordar. Esta acción, a su vez, permite enseñar a nombrarse, presentarse, definirse y dialogar en otros espacios del espacio público. Este aprendizaje sólo se puede compartir a partir del mismo ejercicio de hacerlo.

La experiencia de diálogo de *Entre voces* permitió una reflexión meta-dialógica paralela en la que todos los participantes percibíamos claramente:

- La postura de cada voz.
- El posicionamiento de todas las voces al mismo nivel.
- La emulación de un espacio de discusión, tal como el espacio público.
- La posibilidad de evidenciar el proceso de negociación en la autoría y en el diseño didáctico.

De nuevo, sin esta reflexión paralela, el ejercicio del diálogo no podría posibilitar, por sí mismo, la identificación de la voz del otro.

Este ejercicio dialógico metacomunicativo, en realidad, es reproducible en toda interacción cotidiana. En ello no radica el rompimiento con las

metodologías editoriales de las instancias oficiales; la propuesta radica en ubicar dicha práctica en el espacio público y dimensionarlo desde lo político. De esta manera, todo lo realizado se convierte en un modo de ciudadanía activa, definida a partir del conflicto e interés compartido entre los distintos. El aporte educativo intercultural, entonces, consiste en concientizar sobre la importancia del nombre y del contenido discursivo de las acciones vertidas en el espacio público. Si los sujetos no aprendemos a definir, por nosotros mismo, los términos de ambos, seguiremos reproduciendo las relaciones de poder antes denunciadas.

No es que la metodología de “*Entre voces*” sea la única vía para pensar en autorías distintas para la interculturalidad, pero sí es la muestra de que procesos distintos traen resultados distintos. Lo que urge en el tratamiento de la diversidad es, precisamente, procedimientos distintos. Eso es lo que incita el proyecto de “*Entre voces*”.

Lecturas sugeridas

CORONA BERKIN, S. (2007), *Entre voces... Fragmentos de educación entrecultural*, Guadalajara, Universidad de Guadalajara.
www.udg.mx

CORONA BERKIN, S. (2004), “Leer para qué: hacia una política de la lectura”, *Comunicación y Sociedad*, núm. 2, nueva época, julio-diciembre, Guadalajara, Universidad de Guadalajara.
www.publicaciones.cucsh.udg.mx/ppperiod/comsoc/pdf/2_2004/229-246.pdf (consultado en octubre de 2009)

PÉREZ DANIEL, M.R. (2008), *El discurso intercultural en tres textos educativos mexicanos contemporáneos: análisis de las unidades de sentido*, tesis para obtener el grado de Doctorado en Educación, Guadalajara, Universidad de Guadalajara.
www.udg.mx